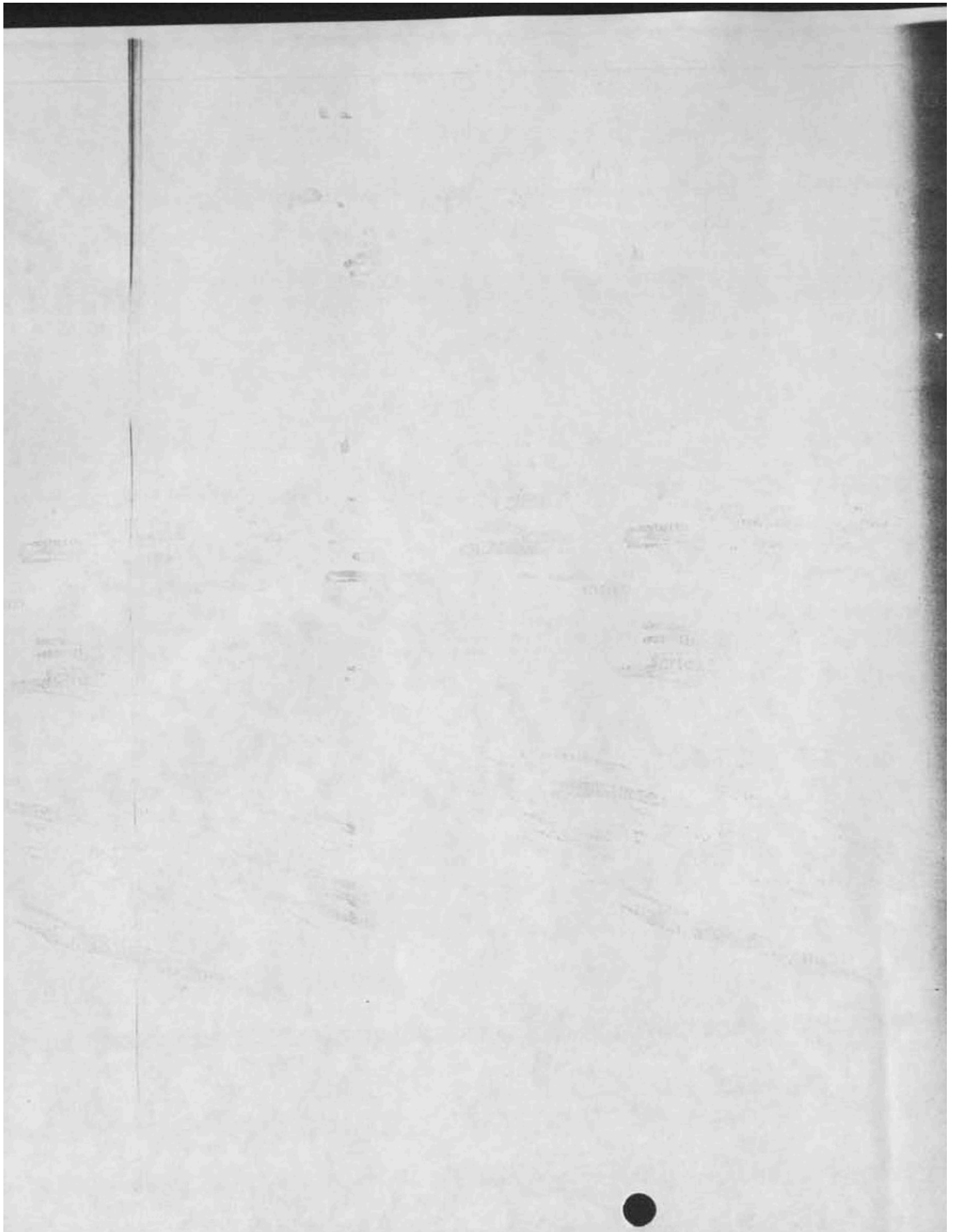


EL ENTRECruzAMIENTO DE ARCADAS
EN LA ARQUITECTURA ÁRABE



El entrecruzamiento de arcadas en la arquitectura árabe

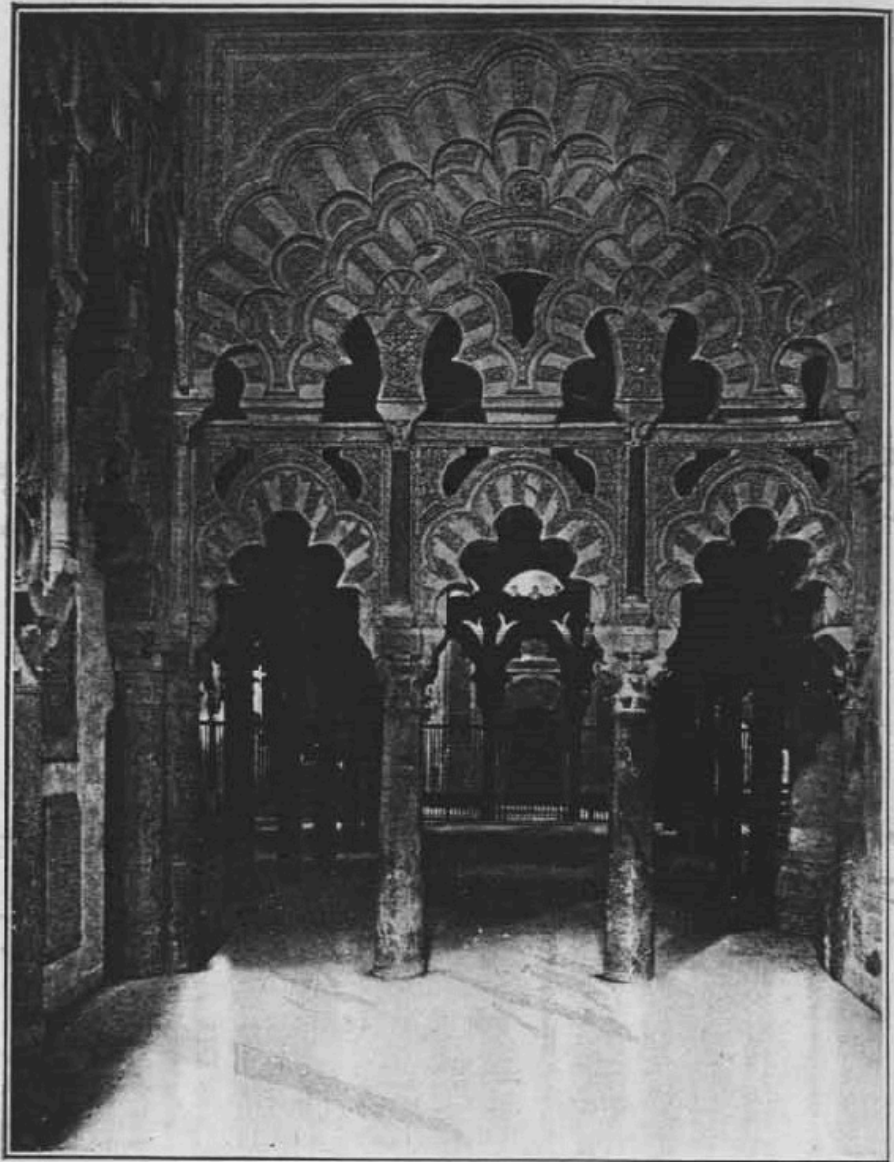
El ilustre arqueólogo español don Manuel Gómez Moreno nos tenía prometida su colaboración en este número, pero sus actuales obligaciones oficiales, al frente de la Dirección de Bellas Artes, le privan de ello; en sustitución, nos autoriza a reproducir la comunicación que presentara al «Congreso de Historia del Arte», de París, en 1921, poco conocida del público español (1).

Hubo un momento en que el arco añadió, a su función primordial de cerrar vanos, la de entivar, garantizando el equilibrio. Así, un arco tendido de muro a muro recoge y neutraliza las presiones que a la parte contraria se ejerzan; o de pilar a pilar, en serie, les da rigidez evitando torceduras. El arco de entivo fué aplicado por los romanos, ya en cisternas, como la de Mahedia, ya en acueductos, como los de Mitilene, Espoleto, Cherchel y los Milagros en Mérida, y de aquí pasó al arte musulmán en las arquerías de la Gran mezquita de Córdoba, erigidas en 786.

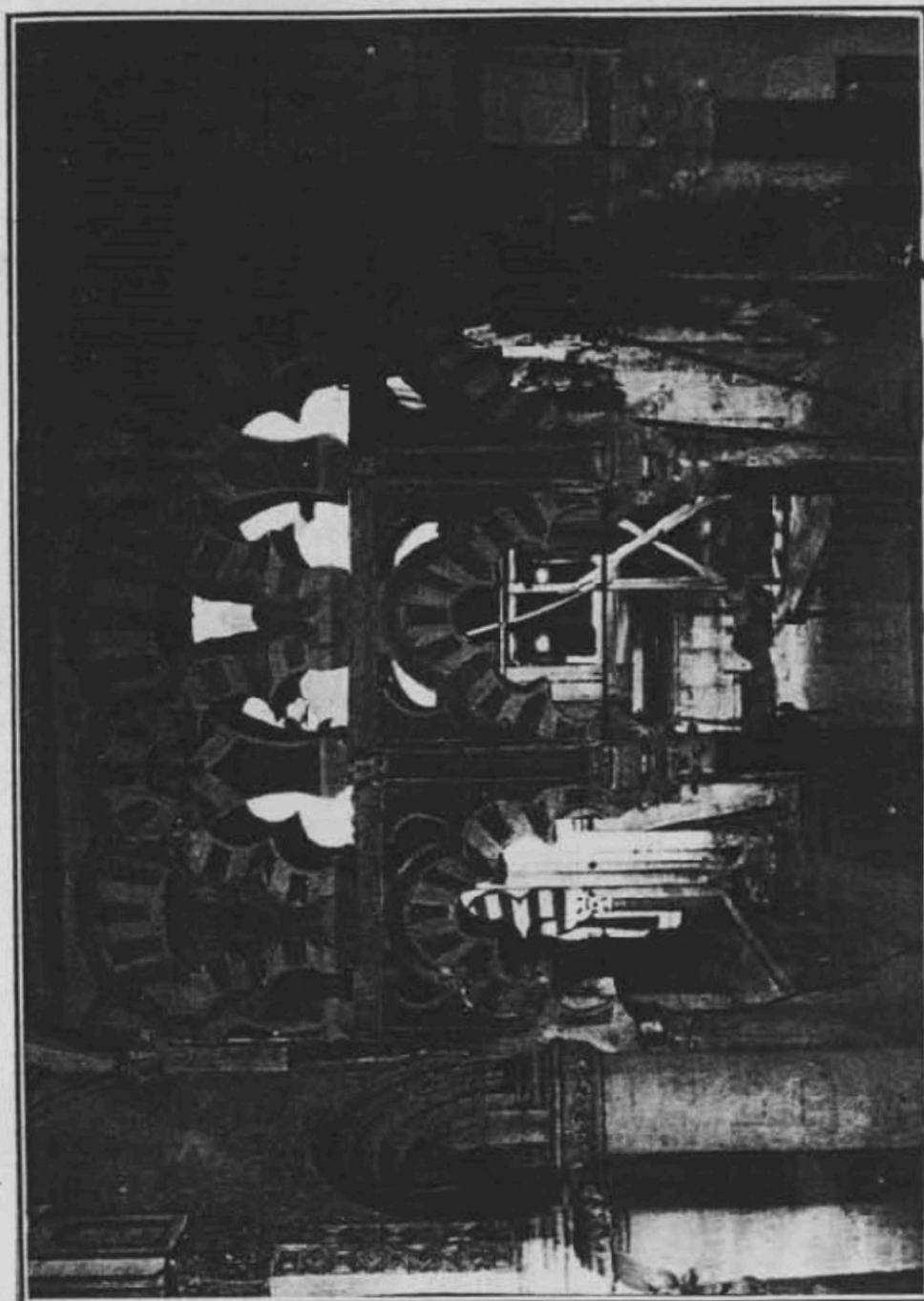
Aquellos arcos que nada soportan, llevando al descubierto su trasdós, constituyeron un tipo estético nuevo, que en el siglo x, cuando el esplendor del Califato de Occidente, sirvió de base para una evolución arquitectónica de admirables resultados. La libertad e independencia del arco; su emancipación del muro; el erigirlos unos sobre otros y, finalmente, ingerir arquivoltas, como se ensamblan maderos, fué la iniciativa medieval española más fecunda en arquitectura.

La cordobesa mantuvo, como ninguna otra hasta entonces, el prurito de lo decorativo. No solamente el adorno tallado y pintado lo llenaba todo, sino que le fué peculiar un progresivo en-

(1) Actes du Congrès d'Histoire de l'Art. Organisé par la Société de l'Histoire de l'Art français, Paris, 26 septembre-5 octobre 1921. Tomo I. Paris, 1923.



Frente sur de la llamada Capilla de Villaviciosa (probable entrada a la macsura), en la Mezquita Aljama de Córdoba.



Vista posterior del mismo frente sur de la capilla de Villaviciosa

riquecimiento de formas arquitectónicas: al arco semicircular prefirió el de herradura; el apuntado, apenas visto sino una vez por entonces, se prodigó con lóbulos; y, dentro de cada forma, complicaciones de estructura y refinamientos indican una capacidad evolutiva poderosa. La inquietud típica del arte español, su aversión a la sencillez tienen allí una de sus manifestaciones más claras.

Dicha progresión de formas campea sobre todo en el mihrab y en el lucernario de la Gran mezquita de Córdoba, correspondientes a la ampliación de Alhaquem II, entre 961 y 969; pero además, entre los arcos bajos de entivo, diáfanos y lobulados, y los altos, de herradura, interpusiéronse otros, lobulados también, que, cabalgando sobre las claves de los primeros, enlazan con los segundos; o bien aquéllos, los de entivo, prolongan su desarrollo ascendente cruzándose entre sí, para abrazar en lo alto a los de herradura; y todavía en el lucernario sobrepónese a todos un orden último de arcos lobulados. Su estructura consiste en dovelajes de piedra, muy poderosos a veces, con funciones perfectamente constructivas y coadyuvando, merced a la distribución de cargas, a una estabilidad mayor, precisamente donde las bóvedas lo exigían así. Resulta indudable que un excelso arquitecto disfrazaba, dando ilusión de fantasías decorativas, el problema de apear grandes masas sobre soportes exiguos, sobre simples columnas. Realmente parece difícil concebir fuerza de estructura bajo tal gracilidad de formas; pero nótese que los arcos lobulados, a despecho de su aparente flaqueza, son más consistentes que los de curva redonda y permiten cruzarse sin límites.

Cuando el genio artístico inventa soluciones, ante la presión de necesidades, su bondad se refleja gratamente en el espíritu, provocando una sensación de belleza. Desde entonces, el invento es fecundo estéticamente y entra en el acervo de lo decorativo, de lo expresivo arquitectónico. Así fué con los arcos cruzados; que allí mismo, en portadas de la Mezquita, obras del propio artífice, sirvieron de tema, en vez de la simple arquería de herradura que lleva la puerta primitiva, para coronarlas: Son los mismos arcos de herradura, pero cruzados, y no recios y con dovelaje, sino ligerísimos, dando la impresión esquemática de su curva simplemente. De este cruzamiento nace el arco de herradura apuntado, que inauguró después la Mezquita misma en su ampliación de Almanzor (987 a 990).

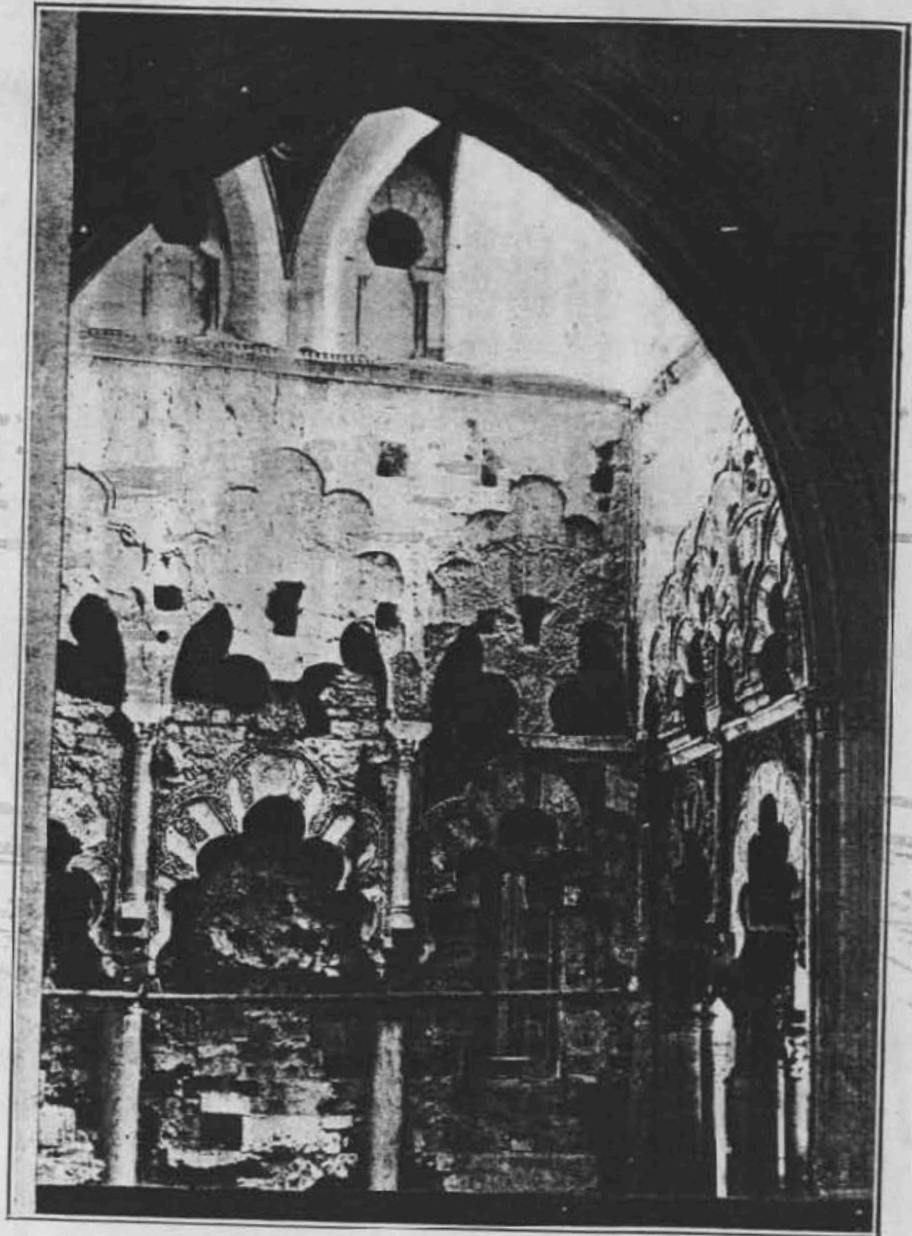
En Toledo, la singular mezquita del Cristo de la Luz, fechada en el año 1000 y hecha de ladrillo, acogió la susodicha coronación de arcos de herradura cruzados, pero sin columnas, en su fachada; y además, sobre el mihrab, otra en que alternan, cruzándose también, arquillos de herradura y de lóbulos.

Aun siguió más el avance: mediado ya el siglo XI, un Rey de Zaragoza, Abucháfar Ahmed, y por sobrenombre Almoctadirbilá (1046-1081), erigió un palacio famoso, el Casr Assorur, conocido entre nosotros por la Aljafería. Poco de él se conserva; mas es lo suficiente para acreditar el grado de exaltación a que se llevaron allí los ideales del Califato cordobés, facilitándolo el uso, no ya de piedra ni aun ladrillo, sino de yeso en bloques y paños tallados. La fantasía no creó jamás composiciones que superen a las zaragozanas en riqueza, variedad y derroche inventivo, sin salirse de lo arquitectónico y bajo una orientación única: combinar toda clase de arcos, en todas posiciones y de todos tamaños.

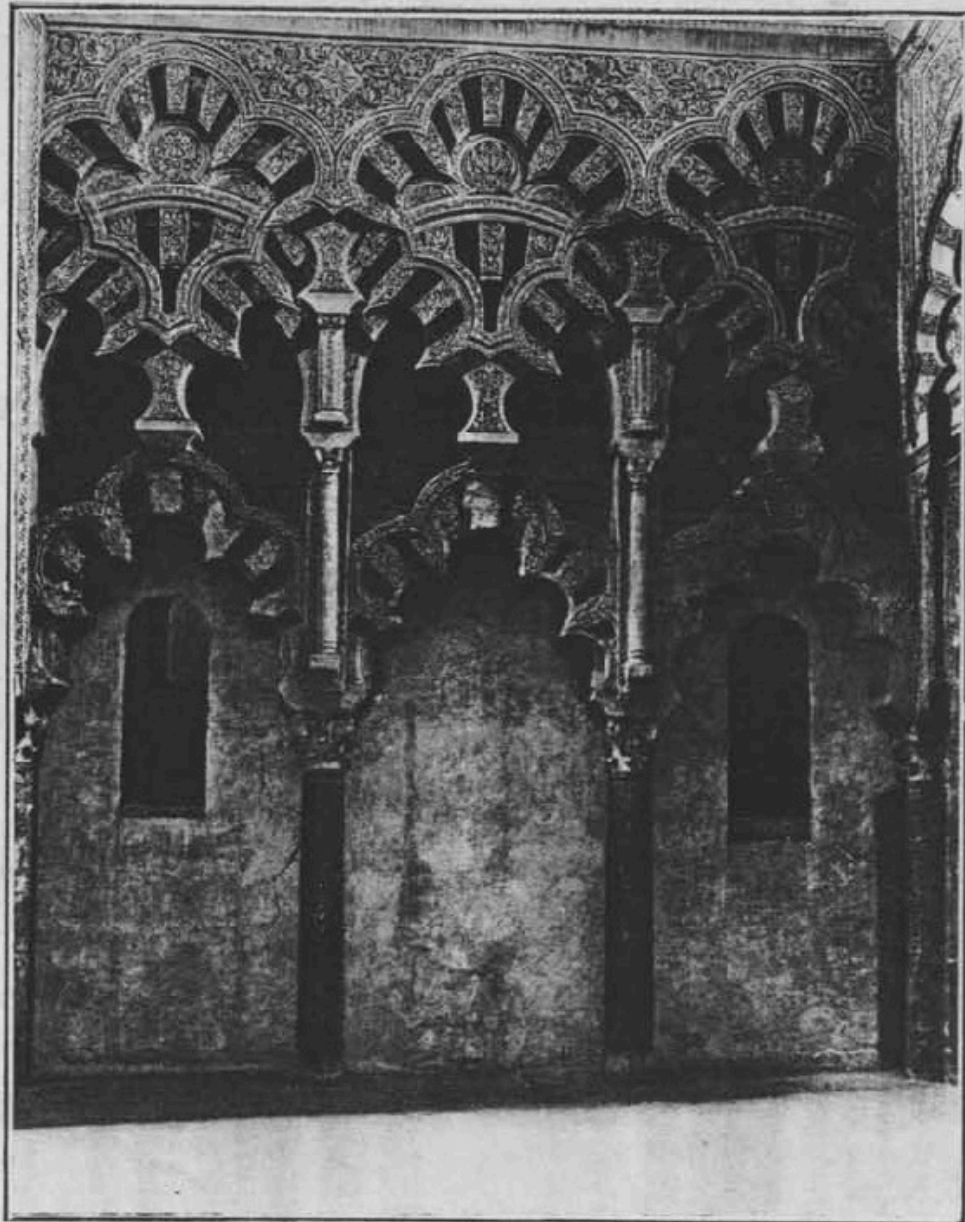
Los enlaces de arcos lobulados son allí frecuentes. Se idearon otros arcos, que llamamos mixtilíneos, con partes en ángulos rectos y partes curvas entrantes y salientes, y se les enlazó con los de herradura; también, ramas de arcos apuntados juegan con otros de lóbulos, y por último, se organizaron series de arcos lobulados en curva, formando arquivolta, opuestos a veces por sus claves, enlazados entre sí o sobrepuestos a otros mixtilíneos, en laberíntica evolución de cruzamientos mútuos, delirio apenas concebible ni aun viéndolo.

No era posible llegar a más, y hubo de retrocederse: la torre de la mezquita de los Escribanos, que llaman Cutubía, en Marruecos, obra del emir almorávide Alí, que data de 1126, denuncia esta reacción juiciosa con persistencia de rumbo: allí se dan arcos mixtilíneos y de lóbulos, enlazados varias veces, sistema que bajo almohades valió para cubrir paños enteros, y en lo granadino constituye mero adorno con el nombre de *sebca*, usual en Fez aun; también hay arquivoltas formadas por arcos enteros de lóbulos o por lóbulos enlazados, que posteriormente resultaron festones primorosos, aumentando en número sus elementos conforme disminuían de tamaño. Véase claramente que la ficción del arquitecto de Alhaquem, con paliar la eficacia constructiva de los arcos cruzados, mató su desarrollo activo.

Al margen de estas evoluciones persistieron rutinariamente los tipos más bellos, sobre todo en el área morisca, enlazán-



Frente oriental de la llamada capilla de Villaviciosa.



El mismo frente oriental después de su restauración.

dose muchas veces arcos de herradura y de lóbulos. El mismo empleo se dió entonces a los arcos de medio punto, que ya enlazados figuran en iluminaciones de códices, probablemente catalanes y del siglo xi, juntamente con otros sultos de herradura, que garantizan su españolismo. Siempre se aplicaron las arquerías cruzadas moriscas a decoraciones murales; pero un maestro románico formó la mitad del claustro de San Juan de Duero en Soria, muy avanzado el siglo xii, cruzando arcos apuntados de piedra, entre plagios ciertos morunos; lo mismo se repitió, a principios del xiv, en la galería superior del redondo patio del castillo en Bellver en Mallorca, y aun después el triforio de la capilla mayor de la Catedral de Toledo los acogió lobulados y muy galanos, a modo gótico.

Fuera de España trascendió nuestro influjo, en cuanto a los arcos cruzados, por Argelia, en Tremecén, el Casr de Benuhamad, Biscra, Bugía y Constantina, siempre con curva semicircular y decorativos. De allí pasaron a Sicilia y a Italia bajo el dominio normando, apareciendo en el cimborio de la Catedral de Cefalú; pero luego truecense en apuntados, según la moda del país, en la fachada y torre de la misma Catedral y ábsides de Monreale y Palermo. Igualmente en Caserta Vecchia y Terracina, sobre el continente, y en Amalfi, donde se inauguran arquerías diáfanas doblemente cruzadas, formando el claustro y pórtico de su Catedral, y la del segundo con traza de lóbulos, que asegura influjo más precisamente español. Sus imitaciones abundan por allá, y las arquerías ciegas cruzadas, otra vez de medio punto, se prolongan hasta la Apulia, en Molfetta, y hasta Lombardía, en Casale Monferrato; pero aquí lo usual fué aplicarlas a rosones con sus columnillas dispuestas radialmente, o sin ellas en cornisas.

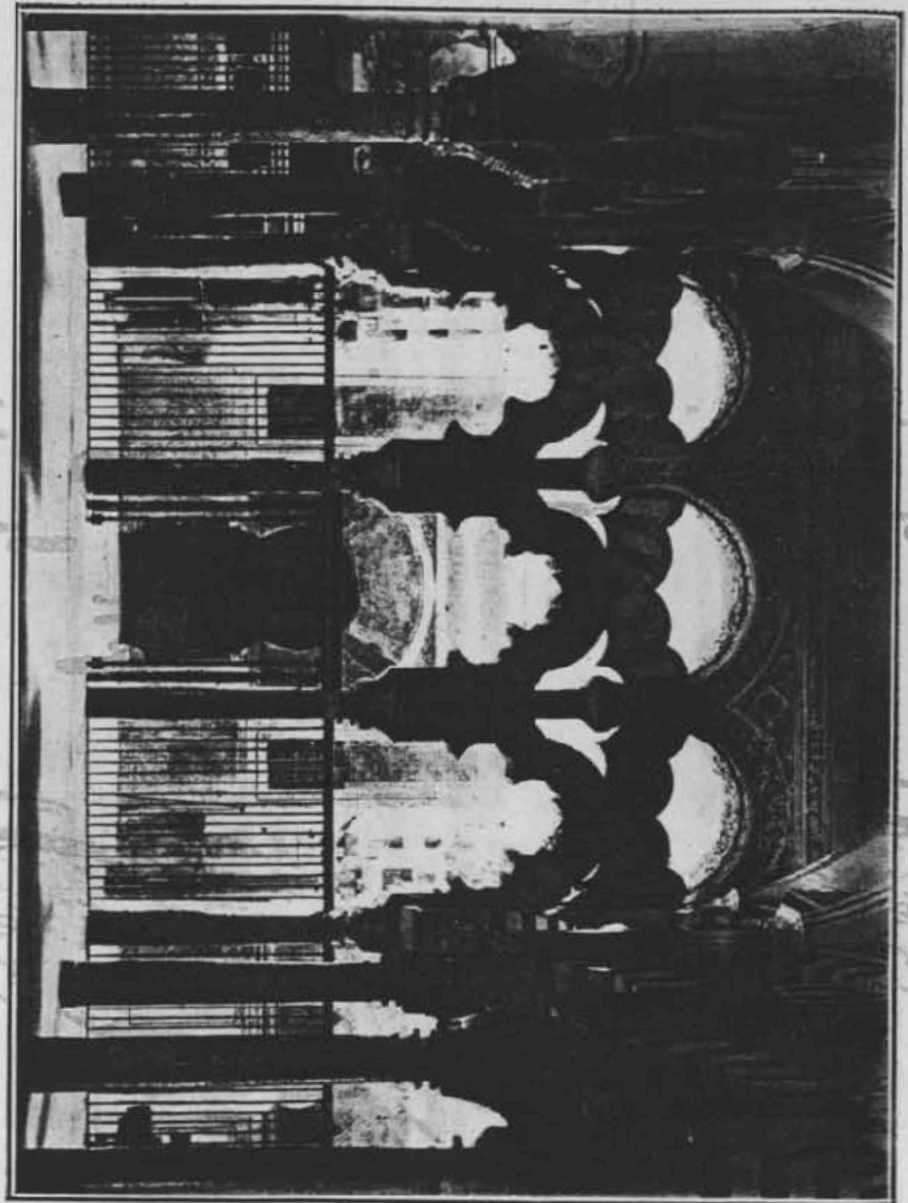
Otro foco análogo, con prodigalidad de las mismas arquerías murales, siempre redondas, es el anglo-normando, desde fechas anteriores a las conocidas de Sicilia. Durham, Gloucester y Norwich las ostentan de fines del siglo xi, al parecer; luego Cantorbery y muchas más Catedrales e Iglesias, pero su monotonía las invalida. En la Normandía francesa cundieron mucho menos: Gravelle, Haute-Allemagne, Broglie, triforio de Evreux, etcétera, llegando a compenetrarse con lo ojival más selecto en la Catedral de Amiens. Tardíamente, así en Inglaterra e Irlanda como en Normandía, suele haber cruzamientos de arcos agudos inscritos en ventanajes, quizá por derivación del mismo principio; ejemplo, el claustro de Durham.

Fuera de lo que podríamos llamar irradiación española, no es conocido sino un caso análogo en el palacio de Lulu en Mosul, hacia la mitad del siglo XIII, donde se conserva una decoración mural de yesería, formando arquillos apuntados carpasneles que se cruzan de tres en tres: su aislamiento haría temerario por hoy razonar de orígenes sobre ello.

Tocante a lo demás, la localización exclusiva en área y período estrechos de las arquerías cruzadas, aun tratándose de cosa tan sencilla, comprueba por esta vez la teoría de lo poco aceptable que resulta explicar por ocurrencias y caprichos las formas en arquitectura. Los gustos colectivos mandan, sin dejar al artífice otro camino de éxito sino el de acertar interpretándolos. Así, el ambiente social, por simpatía, regula y hace fecundas las asimilaciones, marcando influjos que la historia debe recoger como hilos conductores preciosos.

Volvamos a la Gran mezquita de Córdoba, donde nuestro problema trascendió a soluciones más árdidas. En efecto, la magnificencia que Alhaquem II imprimió al edificio exigía bóvedas sobre la macsura y en el lucernario, donde el arquitecto extremase las posibilidades de su ciencia, y ya sabemos cuan originales recursos fraguaba su mente. Lo normal hubiera sido erigir cúpulas, sobre el ejemplo de Cairuán; más ni aun gallonadas, como éstas eran, se tendrían por dignas, y además el lucernario forzosamente había de ser algo alargado, resultando inadaptables aquéllas. Entonces apeló el artífice a su sistema de arcos cruzados, ganando el vacío en ordenanzas rítmicas con arte exquisito y perfección técnica indispensable, que coronó éxito feliz. Salieron de sus manos hasta cinco tipos de bóvedas de cruce-ría—dos de ellas en pequeño—asombrosas por su novedad, su belleza, y el mundo de iniciativas que despertaba el sistema. Las excelsas cúpulas de Roma, Bizancio y Florencia deben al tamaño su gloria, son síntesis aritméticas; mientras en Córdoba triunfa una condensación arquitectural nueva sobre análisis de problemas geométricos.

Estas bóvedas responden al espíritu musulmán de sutil y alambicada estética, que al golpe de efecto prefiere las emociones graduales, la meditación evocadora de tardías sorpresas, tanto más plácidas cuanto hijas del raciocinio. Además, culminan por su valor de estructura, por la ciencia con que están resueltas



Frente exterior del vestíbulo del Mihrab en la Mezquita Aljama de Córdoba.



Angulo interior del vestibulo del Mihrab.

las penetraciones de unos arcos en otros, aparejados de sillaría y en tamaño relativamente grande, constituyendo serio problema de estereotomía y equilibrio. Su criterio fué distribuir carga y empujes a lo largo de los muros, en forma que si un punto flaquease, la organización de conjunto localizaba en cortos límites el riesgo. Articuláronse los muros con otros arcos en función de formeros, que daban rigidez a los puntos de carga, y éstos se reforzaron mediante contrafuertes al exterior y glabets sobre los vanos libres. Evitábase cargar los rincones, reputados de puntos flacos, y se huyó también de los cruzamientos centrales, demasiado comprometedores y densos, y que además, por ley de geometría artística, se repudiaron siempre entre musulmanes.

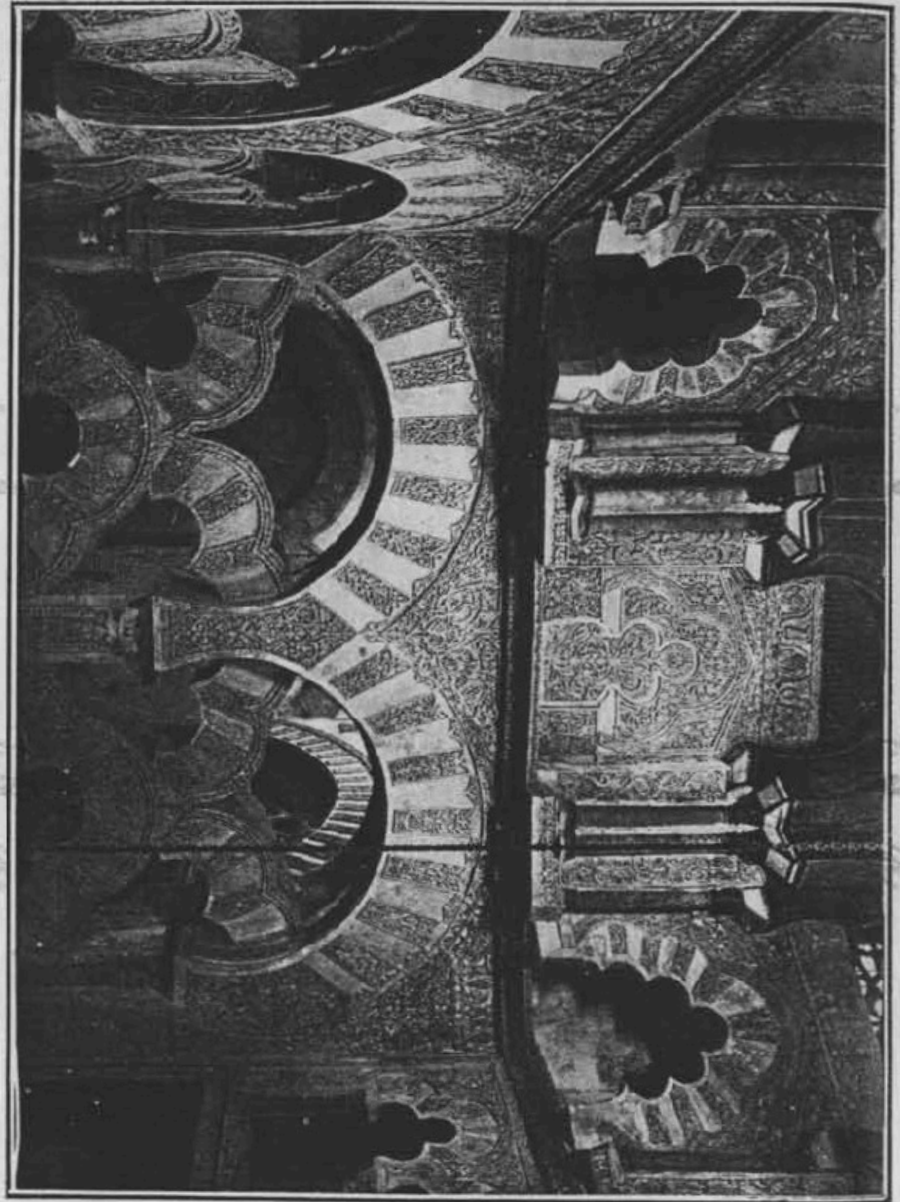
Sobre esta organización viva, el cierre de cascos resultaba en absoluto libre, pudiendo constituirse por celosías, como en Tremecén, o por mocárabes, como en la capilla real de Córdoba; podían servir de base a otras bóvedas análogas de crucería o a cúpulas gallonadas o de cascos, es decir esquifadas, y podían también formarse linternas y lunetos, en condiciones de recibir ventanaje. Desde luego, la independencia de cascos entre sí anulaba empujes, quedando todo el problema ceñido a los arcos, que por entonces fueron semicirculares y en las pequeñas, lobulados. Su organización, además, constituía un problema geométrico: sobre base ochavada se imponían distribuciones de octógono, mas andando el tiempo llegóse a soluciones con estrella dodecagonal, y en las bóvedas alargadas eran rectángulos y exágonos los polígonos generadores. No con menos ciencia, en el siglo XII poco avanzado se ideó componer bóvedas por yuxtaposición de ellas mismas en pequeño, creándose las de mocárabes, sucesoras de las de crucería.

Las susodichas cordobesas tienen amplia derivación en Toledo: la capilla de Santa Fé repite una solución de la Gran mezquita, la de segunda estrella octogonal, que siguió en boga sobre las demás siempre. En cambio, las nueve del Cristo de la Luz son casi todas originales, construídas, como la anterior, con arcos de herradura, excepto una que los tiene lobulados, y varias desarrollan composiciones cuadradas, formando en medio bovedillas esquifadas sobre cruz de arcos, ya normales a la base ya por diagonales. Otra mezquita de allí, las Tornerías, lleva en medio un lucernario, imitación simplificada del de Córdoba, con dos parejas de arcos en cruz, y cubiertos sus huecos por bo-

vedillas esquivadas, las más sobre parejas de arcos minúsculos en una u otra de las posiciones sobredichas. El aparejo en todas es de ladrillo y yeso. La Aljafería de Zaragoza ostentó una riquísima bóveda de crucería, cuya traza desconocemos, y otra exígua, congénere de las toledanas y formando cúpula, cubre el sagrario de S. Baudel de Berlanga. En el siglo XII fué progresivamente ampliándose el número de arcos, a costa de adelgazarlos y de aumentar sus cruces, perdiendo valor constructivo, al paso que recobraba su antigua notoriedad la cúpula. Ni aun así persistieron en el arte granadino bajo los Nazaríes.

Por el contrario, las escuelas morisca, románica y ojival siguieron admitiendo los tipos antiguos. Predomina en obras de cantería cristiana aquél de bóveda con estrella octogonal doble, largamente prolongados a veces sus trazos, que informa cimborrios riquísimos, en monasterios y catedrales, desde el siglo XII hasta el XVI, trascendiendo uno de sus primeros ejemplares a Gascuña, en Hopital-Saint-Blaise: fué magnífico tributo del artífice musulmán, a cuyo lado los tipos extranjeros desmerecen. Más progresivas, las obras de albañilería morisca dieron lugar a una evolución posterior sevillana, esencialmente decorativa, que revuelve como cintas los arcos, ceñidos a cúpulas sobre trompas, para desarrollar composiciones geométricas, o sea lazo. El convento de la Concepción en Toledo posee el ejemplar más suntuoso, fechado en 1422.

Otra escuela, poco menos antigua que la cordobesa, pero modesta, no veía grandes problemas estéticos ni mecánicos en la combinación de arcos, tomándolos como auxiliares para construir bóvedas esquivadas, predilectas bajo el Califato, aparte las de crucería. Su afinidad con lo toledano la prueban soluciones parciales, arriba consignadas, en el Cristo de la Luz y las Tornerías; pero más antiguas y típicas de esta otra serie son las mozárabes de S. Millán de la Cogolla, erigidas hacia 984, con cuatro arcos semicirculares radialmente cruzados, sumando así las dos soluciones toledanas de cruces normal y diagonal. En San Baudel de Berlanga la gran bóveda lleva ocho arcos dispuestos en igual forma, pero sin cruzarse, porque irradian de una columna central. Las torres de S. Martín de Arévalo, moriscas y del siglo XII, encierran una bóveda como las de S. Millán, y otra con sólo arcos diagonales, siempre sobre cornisa y ceñidos a bóvedas esquivadas. Más sorprendente resulta que un edificio románico de tipo leonés, tan vetusto y galano como la Catedral



Parte alta y entrecruzamiento de arcadas en el vestíbulo del Mihrab.



Cruzamiento de arcadas en el vestibulo lateral del Miharab, de ingreso al pasadizo (sabbath) de la Mezquita Aljama de Córdoba.

de Jaca, del siglo xi, erigiese en su crucero bóveda esquifada de ocho cascos sobre trompas y cuatro arcos radiales, cayendo en mitad de aquéllos. Otros edificios del mismo estilo repiten ordenaciones análogas, pero con sus arcos, pareados o simples, dispuestos paralelamente a los muros; asimismo, la otra solución con arcos diagonales, en tamaño pequeño, se observa en dos tabernáculos, románicos también, de S. Juan de Duero y en la torre moruna de San Marcos en Sevilla.

Un último tipo difiere del anterior en aplicar los arcos diagonales no a bóveda esquifada, sino a la baída o de casquete esférico, usual progresivamente entre andaluces y moriscos, desde que hizo su primera aparición conocida en la Puerta Nueva de Granada, corriendo el siglo xi. Sobre arcos no se halla en lo morisco sino en la iglesia de Sahelices del Río (León) del siglo xii; puesto que otras, del xiii y xiv, en la Puerta del Sol y puente de S. Martín en Toledo, parecen imitaciones góticas. En cuanto a las de Sahelices, impónese relacionarlas con el vecino monasterio cluniacense de Sahagún, cuya gran iglesia se comenzó en 1099, con arte románico leonés, alzándose rápidamente su crucero, como dan a entender capiteles y cornisas. Los pilares son cruciformes con dobles codillos, como para apear ojivas, y en efecto las llevaron sus dos tramos colaterales del central, con talla románica, y encima bóvedas baídas de ladrillo. Esto último arguye desde luego intervención morisca, como siempre que de albañilería se trataba por acá; a su vez una arquivolta divisoria del tramo colateral último, que volteó cañón redondo, lleva por adorno un baquetón en zizás, acreditando que el cantero organizador de dichas bóvedas sería normando.

Realmente, idearlas tales en país como el castellano, trabajado por influjos de arte moruno, sólo exigía que los canteros románicos pusiesen atención en ello, hecho comprobado, puesto que copiaron las ricas bóvedas de crucería cordobesas, cúpulas gallonadas, arcos de herradura y de lóbulos, modillones, arquerías cruzadas, etc. Obsérvese también que bóvedas con ojivas de las muy antiguas, lombardas, normandas y angevinas, son precisamente baídas, lo que podrá guiar hacia una solución en el problema de orígenes. A nuestro propósito no cuadra sino consignar que bóvedas como las de Sahelices entran excepcionalmente, pero sin esfuerzo, en la serie morisca, aunque pudiera un maestro románico haberlas ideado.

Fuera de España, ya vimos cuán en favor estuvieron los arcos

cruzados en tierras normandas. Tocante a bóvedas de crucería, en Durham la cocina de su Catedral desarrolla exactamente la solución cordobesa estrellada más vulgar, en obra de principios del siglo xiv. Otra cocina, en el castillo de Rebi, organiza su abovedamiento sobre cuatro arcos cruzados paralelos a los muros, y la torre-linterna de la Catedral de Lincoln parece basarse en el mismo principio, recordando especialmente el lucernario de Córdoba.

En el área italiana, Lombardía descubre algo parecido: el nártice de la Catedral ya citada de Casale, del siglo xii y con arquería ciega, como las normandas, en su fachada, se cubre mediante cuatro grandes arcos, cruzados paralelamente a los muros, y encima bóvedas de cañón y de aristas, apeada la central sobre ojivas lisas. Dato de harta menos consistencia, pero curioso, arroja cierto dibujo de Leonardo de Vinci con proyecto de magnífica iglesia octogonal, ostentando la ordinaria cúpula de crucería cordobesa, que a su vez inscribe otra semejante en su hueco central, como en S. Pablo de Córdoba todo ello. Y que pudo no ser fantasía del gran Leonardo su invención, en cierto modo se acredita porque las capillas periféricas del diseño mismo copian la iglesia milanesa de S. Sátiro. Más moderna, pero segura imitación del referido prototipo, es la cúpula calada de S. Lorenzo en Turín, erigida por el P. Guarini hacia 1680, entre adornos de lazo moriscos, que ratifican su usurpación.

En dirección meridional, hacia Berbería, natural apéndice de la tierra andaluza, es verosímil que nuestras bóvedas de crucería se propagasen; mas sólo conocemos una en Argel, del tipo corriente, resto de la mezquita que se convirtió en Catedral, y dos en la Aljama de Tremecén, fechada en 1136, con nervios finos, que trazan estrella de doce puntas, como otra de Sevilla, pareciéndoseles además por su cupulilla central de mocárabes; el resto de paños, en la principal, se constituye por calados atauriques de yeso.

Saltando a Oriente, el repetido tipo andaluz octogonal con prolongaciones, se halla en una capilla sepulcral junto al Eufrates, en Macamalí, adherente a una mezquita, más antigua probablemente, donde se asocian adornos abasíes con otros bizantinos, o sea cordobeses, haciendo creíble que hacia los siglos xi a xii llegasen allá influjos occidentales. En el Cairo ellos son perfectamente notorios desde el x, y el señor Velázquez dió a cono-

cer las primeras manifestaciones de arquitectura cordobesa que allí hay; respecto de Asia, el caso de Macamalí aparece como único.

Sin embargo, en iglesias de la Alta Mesopotamia, hacia Mar-din, publicadas por Preusser, cuyo arte es afine del musulmán usual en el siglo XIII, hay cúpulas rudamente aparejadas con labor de gallones, resueltos en composición geométrica estrellada, sin valor constructivo, pero recordando las andaluzas, como derivación de ellas bastarda.

Otro concepto parece aplicable a edificios también cristianos del Cáucaso, atribuidos a los siglos IX y X, donde reaparece el sistema de las crucerías en bóvedas, con caracteres de arcaísmo. Son el monasterio de S. Bartolomé en Baxcala, al sur del Wan, y una capilla sepulcral en Ajpat, Armenia. Sus respectivos nártices repiten la organización de cuatro arcos cruzándose por parejas, otros formeros en torno y sobre ellos bóveda esquinada única, de gran peralte. La de Ajpat añade otra semejante cabalgando en el hueco central, y linterna con cupulilla por remate. La curva ovoidea de los arcos cruzados y lo corto de las columnas sobre que posan traen recuerdos sasanidas, no bizantinos, pudiendo sospecharse que su modelo proviniera de Mesopotamia.

Ahora bien, respecto de lo cordobés no cabe sino otra hipótesis: la de que el artífice utilizado en sus edificaciones por Alhaquem II trajese la misma procedencia. Y en efecto así parecen acreditarlo novedades suyas en la Gran mezquita, cuales son: partes decorativas adherentes a la cúpula de ante el mihrab, seguramente abasis; el arco apuntado; el de lóbulos, cuyo precedente hallamos en Ojaidir y Samarra, y aun el gablete por alfiz, visto en Racca. Elementos son apenas valorados allí en Asia, de suerte que el realzarlos, haciendo brotar con ellos un arte pujante y galano a la evocación del sutil artífice, fué gloria cordobesa indiscutible.

Finalmente, en los confines musulmanes de la India, en Bichapur, son notorios edificios de tipo persa con gigantescas cúpulas, cuya proyección acusa una combinación estrellada de arcos, aquella de la bóveda principal de Córdoba. La más antigua indiana no traspasa la mitad del siglo XVI, y todas se constituyen por arcos apuntados, como aristas, formando pechinas en saledizo bajo la cúpula: su parecido real con lo cordobés en el alzado resulta exíguo; sin embargo, los cruzamientos existen como

fase última de una evolución muy curiosa, observable desde comienzos del siglo xv, a lo menos, y con su principio en Ispahán probablemente. El sepulcro de Timur, en Samarcanda, y la mezquita Azul de Tebriz, entre otros edificios, enseñan que este sistema de apear cúpulas y exedras es una desviación de los mocárabes, hechos allí de ladrillo y excesivamente corpulentos y voladizos, que no satisfacían al ideal persa de claridad y grandes masas. Reaccionóse por ello hasta el tema originario, la trompa de arco agudo, con otra y otras cabalgando encima, que acusan en aristas débiles su saliente hasta formar anillo o desvanecerse en casquete. La solución de Bichapur, más orgánica, se obtuvo sólo con afirmar la composición de aristas en arcos completos, perfilando dos órdenes de trompas y pechinas.

He aquí cómo triunfan, de Oriente a Occidente, las bóvedas de crucería musulmanas. Por su fecha, por refinamientos de estructura y por su alcance geométrico las españolas señorean sobre todas. A su lado las cristianas son pobre cosa, y visto lo anterior parecerá trivial la contienda suscitada por obtener primacía en la invención de las ojivas. Esto es nada; pero todo aquello, lo musulmán, tampoco es mucho si alzamos la vista hacia el maravilloso organismo de la catedral gótica. Sólo ella logró concretar la fórmula del espiritualismo en arquitectura, y esto si que nadie podrá disputarlo al cristianismo ni a Francia.

MANUEL GÓMEZ MORENO.